

## El mapa de la deprivación .

J. Mora: “El programa Comprender y Transformar. Guía Didáctica”.  
Consejería de Educación y Ciencia. Junta de Andalucía, 1999

En su mayoría, los programas de facilitación cognitiva se dirigen a sujetos en edad escolar o preescolar con algún déficit personal recuperable, o de alto riesgo de fracaso escolar. En esto se coincide con la educación compensatoria, a la que la facilitación cognitiva ha estado muy ligada. La facilitación cognitiva se dirige a crear condiciones de pensamiento aceptables, en sujetos de baja dotación, con desigualdad de oportunidades culturales, existan o no lesiones orgánicas, y siempre encaminados a lograr un mejor desempeño intelectual. La facilitación cognitiva tiene una dimensión psicopedagógica más específica que la orientación compensatoria global, que es de tipo socio-psicopedagógica.

Hay que decir, no obstante, que en el panorama completo de la intervención sobre el pensamiento se ha trabajado todas las edades, desde recién nacidos hasta ancianos, y se han tocado todas las etiologías. Han existido programas, incluso, dirigidos a grupos profesionales (funcionarios, militares) o étnicos. No hay edad o circunstancia que no tenga una iniciativa para enseñar a pensar, aunque los esfuerzos de las instituciones, que con frecuencia han patrocinado el desarrollo de los programas, se han concentrado en los sujetos escolares.

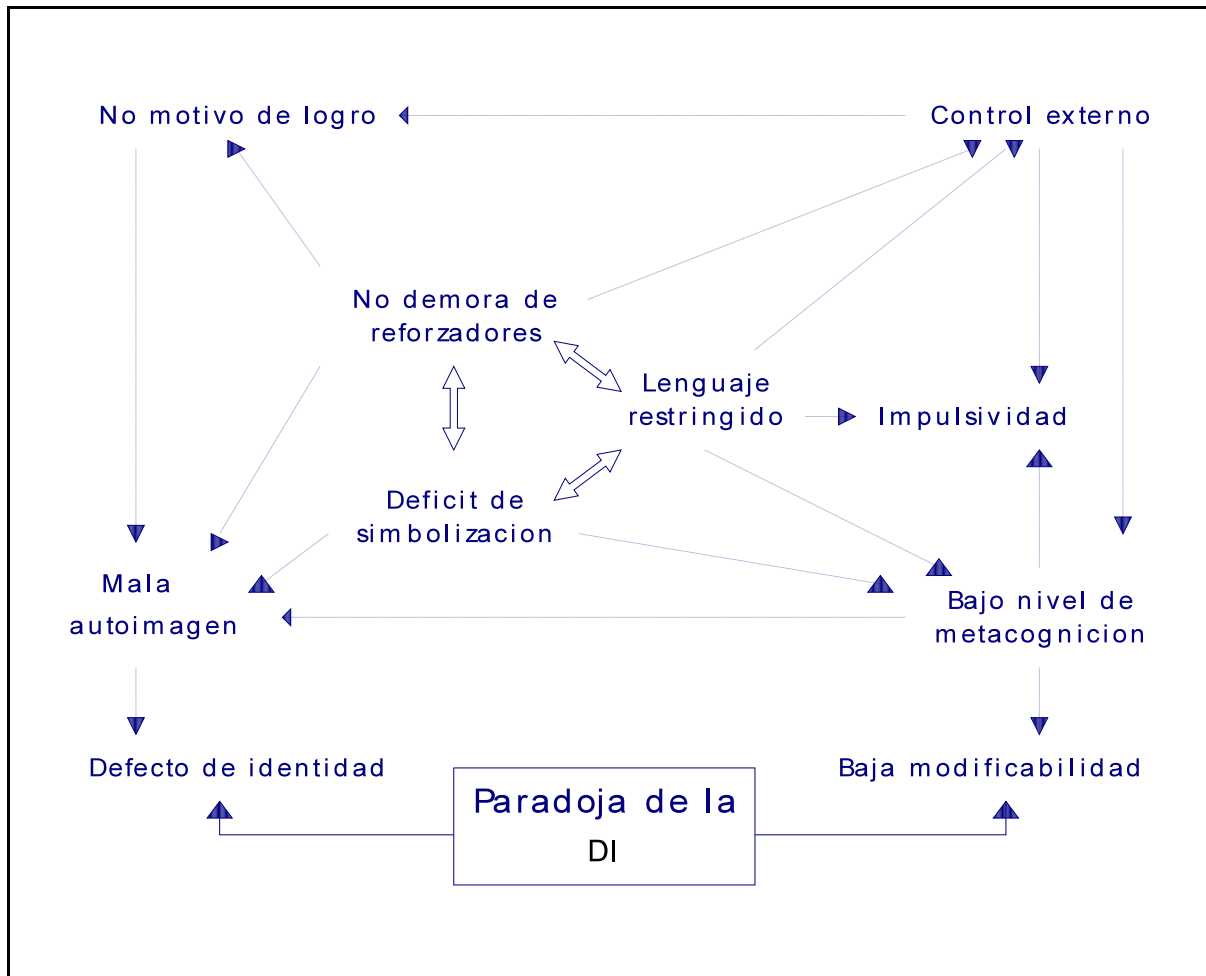
Vamos a cerrar el apartado sobre los sujetos de la intervención cognitiva deteniéndonos en la descripción de características psicológicas de los sujetos típicos de los programas, que tienen a nuestro juicio un valor decisivo para orientar la intervención. Para ello vamos a basarnos en un estudio nuestro anterior (recogido en MORA, 1991) al que hemos llamado ‘**mapa de la deprivación**’.

El funcionamiento cognitivo de los sujetos deprivados socioculturales se asemeja mucho al de los deficientes mentales límites. La deficiencia borderline y ligera se nutre en muy amplia proporción de sujetos con desventaja sociocultural y lo cierto es que los deprivados culturales mantienen regularidades conductuales-cognitivas, semejantes a las que se presentan en sujetos con debilidad mental esencial y afectación límite o ligera. Ello nos autoriza a hablar de la deprivación cognitiva como entidad independiente de la etiología, bien entendido que no incluimos en ella a sujetos con grandes discapacidades. Por razones teóricas, preferimos hablar aquí de deprivación cognitiva mejor que de deficiencia mental ligera de múltiple etiología.

Podemos sintetizar el mapa cognitivo de los deprivados en un gráfico en forma de constelación. Los rasgos cognitivos más importantes de la deprivación aparecen en él, uniendo con flechas aquellas características que se encuentran relacionadas por vínculos de influencia o de causa-efecto. El conjunto resultante tiene un comportamiento sistémico, de manera que la alteración de uno de los componentes genera cambios en la totalidad. Cada elemento influye y es influido por los demás, y la información generada por el sistema sirve para alimentar la dinámica, mediante circuitos de feedback. Para simplificar el mapa, se ha trazado una gráfica que contiene sólo las relaciones principales entre los componentes. La simplificación efectuada no traiciona la dinámica principal y permite trazar un modelo más práctico y gobernable.

El conjunto de componentes del mapa de la deprivación cognitiva se corresponde con constructos teóricos, que sin embargo pueden ser inferidos fácilmente desde la observación de las conductas. No son capacidades básicas o esenciales, sino **manifestaciones** de ellas, y no son tampoco rasgos operativos, sino abstracciones que permiten identificar como pertenecientes a una misma clase de conducta cognitiva a un conjunto de rasgos directamente observables. Algunos de esos constructos tienen un carácter de **signos raíces**, mientras que al resto se le denomina **síntomas**. Por su parte, pueden distinguirse en los signos raíces los que tienen un carácter primario y los que tienen un carácter secundario, por depender, al menos en parte, de signos primarios.

La designación como signos raíces y síntomas hace referencia al diferente valor causal de cada uno. Los signos raíces tienen mayor importancia que los síntomas, porque en estos signos se originan, a su vez, muchas de las conductas sintomáticas desadaptadas. Cuando los signos raíces se normalizan, se genera una normalización de todas las conductas más sintomáticas. La modificación directa de los síntomas no es posible si no es desde el trabajo sobre los signos raíces.



Mapa de la deprivación cognitiva

Signos raíces de primer orden son:

- \* Déficit de simbolización.
- \* Lenguaje restringido.
- \* No demora de reforzadores.

Los signos raíces secundarios son:

- \* El control externo de la conducta.
- \* La falta de motivación de logro.
- \* El bajo nivel de metacognición.

Los componentes síntomas son:

- \* Impulsividad.
- \* Defectos de autoimagen.
- \* Defectos de identidad.
- \* Baja modificabilidad.

**Déficit de simbolización**

Traducir la realidad a símbolos, operar con ellos y poder devolver el resultado de la operación anterior por medio de nuevos símbolos es propio del ser humano, con relativa independencia del nivel de estimulación ambiental

recibido. Pero que lo anterior se realice con un buen nivel de eficacia depende, de una parte, de la capacidad del sujeto, y de otra, de la calidad de la estimulación que ha recibido. Por ello, cuando existe deprivación, suele haber una afectación de la capacidad simbólica, no en el sentido de que no se llegue a producir el símbolo, sino en que este no se articule en sistemas de significación con la calidad deseable.

¿Cómo se construye el símbolo y los sistemas complejos de símbolos? De seguro, un determinado estilo de interacción facilita la construcción: la experiencia de aprendizaje mediado por los adultos (FEUERSTEIN et al., 1988). Cuando el adulto media en el aprendizaje, confiere significación y trascendencia a los objetos y acontecimientos, que pasan a significar algo más, pasado, presente y futuro, de lo que su mera existencia física evoca. La mediación inserta cada evento en una historia cultural, que le presta un sistema referencial de fondo, desde el que es posible interpretar la realidad presente. Cuando una madre interactúa con su bebé y se dedica a juegos con componentes verbales, hace mucho más que estimular la reproducción de vocabulario: crea un sistema de significación y, desde ese momento, cada objeto es un signo de la clase a que pertenece, y la designación de cada objeto anticipa o hace alusión implícita a otros objetos relacionados, a transformaciones posibles del mismo objeto, y a sus elementos constituyentes.

En el proceso de desarrollo de un sujeto hay siempre interacciones, pero en ellas no necesariamente se da la mediación del adulto. Cuando hay mediación se construyen los símbolos. En caso de deprivación cognitiva hay déficit en la conducta adulta de mediación, con lo que el sistema de gestión de símbolos es también deficitario.

La gestión de símbolos es una característica irrenunciable de la inteligencia (PELECHANO, 1984), que se nutre y opera sobre representaciones mentales, sobre codificaciones simbólicas. Las abstracciones complejas, las clasificaciones y transformaciones, la solución de problemas y la generalización requieren un tratamiento secuencial de informaciones simbólicas y el establecimiento de relaciones que se encuentran también codificadas. El pensamiento creativo requiere, a su vez, de la comparación y síntesis entre símbolos preexistentes.

Combinar y relacionar información codificada simbólicamente es lo que define a la inteligencia, pero también es el objetivo del aprendizaje. Por ello, cuando se origina un déficit en la producción o en la gestión de símbolos, tanto el nivel cognitivo global (posibilidades de adaptación flexible a los requerimientos cambiantes del medio) como la capacidad de éxito en el medio escolar (que exige cotidianamente aprendizajes y ejercicios de inteligencia) se resienten.

La capacidad de manejar símbolos influye necesariamente en el nivel de lenguaje, que es un sistema simbólico de comunicación. También influye en la capacidad de demorar la recepción de reforzamientos, puesto que esto sólo es posible cuando se produce una anticipación simbólica de la gratificación. Desde esta perspectiva, un déficit de gestión del símbolo aparece como factor causal de los otros dos signos raíces señalados: la pobreza del lenguaje y la dificultad para aceptar demoras en el reforzamiento. Una reconsideración más detenida de esta relación sugiere la posibilidad de que el déficit simbólico sea la consecuencia de un lenguaje restringido y de un sistema de gratificación inmediato. Teniendo en cuenta la estructura sistémica definida en nuestro mapa de la deprivación, parece razonable pensar que ninguno de los signos raíces sea causa absoluta de los demás; que cada uno contribuye, desde su ámbito, a configurar la situación de déficit y que cada uno de los signos raíces está influido por los restantes.

### **Lenguaje restringido**

Contra lo que suelen pensar muchos educadores, el lenguaje de los deprivados no es un lenguaje de vocabulario reducido, como característica esencial, sino un modo de hablar con una estructura diferente a la que emplean los sujetos debidamente estimulados. Cuando hablamos de estructuras diferentes no nos referimos sólo ni principalmente a la estructura morfosintáctica, sino a disposiciones globales del habla. El lenguaje de los deprivados es más inconexo que el de los sujetos estimulados. Gran parte de los significados transmitidos no dependen de una codificación semántica estricta, sino del apoyo gestual que rodea a la comunicación oral y a la entonación que se presta a las proposiciones. Gestos y tonemas adquieren un valor significativo superior al que poseen estos mismos elementos en la población normalmente estimulada, en perjuicio del valor significativo de vocablo y proposiciones.

El lenguaje de los deprivados tiene un desequilibrio a favor de la función fática y en perjuicio de la función referencial. Gran cantidad de recursos lingüísticos se destinan al sostenimiento de la conversación y de la atención del interlocutor, distrayéndolos de la tarea de ofrecer mensajes precisos. Como contaminación de lo anterior, en la

recepción se atiende más a los aspectos periféricos (gestos, tonos, significados literales..) que a los contenidos lógicos del discurso del otro. Los aspectos pragmáticos no se ven enriquecidos por lo anterior, ya que el aumento de sensibilidad contextual no llega a enjugar el déficit lógico. La comunicación entre sujetos pertenecientes a este universo lingüístico es suficiente, pero es incompleta cuando el sujeto deprivado tiene que comunicarse con medios de lenguaje más elaborado. De aquí la dificultad de comprensión del mundo escolar, en que el lenguaje es muy referencial y descontextualizado.

Un lenguaje como el descrito se debe a una deficiencia en el manejo de símbolos. Esa deficiencia es cualitativa, no cuantitativa. Los gestos son símbolos, como lo son las entonaciones, y símbolos son también todas y cada una de las palabras empleadas por el deprivado. No hay, por tanto, una escasez de símbolos. Pero gestos y entonación son símbolos más figurales que un concepto empleado con referencia a todos sus atributos lógicos, y menos abstractos que el acceso matizado a redes semánticas complejas. El uso de la palabra contextualizada es menos simbólico que su empleo descontextualizado. Cuando el referente principal de la palabra es otra palabra, y no un objeto o acontecimiento, el lenguaje adquiere un valor simbólico de primer orden.

Desde el punto de vista morfológico, el uso del presente es mucho más abundante que en los sujetos estimulados, con decrementos relativos del empleo del tiempo pasado y sobre todo del futuro. En cuanto a contenidos, los sentimientos se expresan de modo directo, sin matización. Eso presta al lenguaje del deprivado una apariencia de agresividad, en contraposición a la expresión indirecta de sentimientos que es más típica del medio cultural favorecido.

El lenguaje del deprivado no hace una descripción precisa de la experiencia, especialmente de la interpersonal. La falta de descripción precisa no se debe a la incapacidad para observar o a la falta de vocabulario, sino a la inhabilidad para el empleo de discriminaciones sutiles entre objetos, personas y acontecimientos. La falta de discriminación sutil se manifiesta en un empleo menos riguroso de adjetivos y adverbios, algunos de los cuales adquieren un valor muy general y debido a eso se hacen muy presentes en la comunicación verbal.

El lenguaje del deprivado describe la realidad pero no analiza las relaciones existentes entre los elementos de esa realidad. El déficit en el empleo del tiempo verbal futuro dificulta en alguna medida la capacidad de planificación. Bernstein (1961) denomina código restringido al tipo de código verbal propio de la población deprivada, en oposición al código elaborada característico del lenguaje de la clase media-alta, en que se da la mayor estimulación de los sujetos. Las características del código restringido de Bernstein coinciden con la que hemos señalado.

Vernon (1980) describe el habla familiar de los sujetos no deprivados. Esta descripción la vamos a emplear como contrapunto a la de los sujetos deprivados, toda vez que las características que señala Vernon son propias del medio familiar estimulante y no se dan, o se dan de modo notablemente inferior en las familias deprivadoras.

Para Vernon, el ámbito familiar estimulante es aquel en que se habla de la conducta del sujeto con una proyección futura, en oposición al medio deprivador en el que la referencia a la conducta es en presente y de modo muy contextualizado. En el medio deprivado se habla habitualmente del aquí y el ahora. El sentido que tienen los comentarios entre la familia y el niño en las familias estimulantes es transmitir el mensaje de que se ha de ser responsable y autorregular la conducta. Los comentarios sobre la experiencia en la escuela, juegos, etc. ayudan a clasificar, valorar y organizar racionalmente esa experiencia. En oposición a lo anterior, en las familias deprivadoras las referencias a la experiencia suelen hacerse centrándose en las conductas no deseables, que se reprenden, y en la asignación de tareas (DEUTSCH, 1965). En el medio enriquecedor, la familia estimula la formulación de preguntas en el niño, con lo cual se transmite la idea de que el mundo es racional y puede ser comprendido y dominado. En un medio familiar deprivador los padres no desean ser molestados y toleran peor las preguntas de los niños. Como consecuencia de eso, Vernon (1980) señala que en los niños deprivados se prolonga indebidamente el periodo evolutivo de las creencias irracionales.

El déficit de empleo del tiempo futuro que se ha encontrado en los deprivados socioculturales parece ser un condicionante importante del déficit de anticipación de consecuencias. Cuando un sujeto no se habitúa a pensar en términos de futuro llega a experimentar dificultades para predecir las consecuencias de determinadas conductas estratégicas. El pensamiento hipotético no puede ejercerse en la proporción deseable y puede verse afectado.

El lenguaje actúa como un molde del pensamiento lógico y como una herramienta del discurso. Cuando

el molde no se desarrolla debidamente y cuando faltan herramientas, el pensamiento encuentra serias dificultades para discurrir de un modo ordenado y plenamente eficiente. A través del lenguaje, la realidad exterior se describe y analiza para posteriormente ser organizada en conceptos y en proposiciones. Esta organización supone una cierta interpretación de la realidad. Los conceptos introducen clases de equivalencia que proporcionan a la vez criterios de unidad, en una realidad física multiforme, y criterios de diversidad. La articulación de conceptos en estructuras sintácticas permite establecer entre ellos relaciones de atribución, objeto o circunstancia. La articulación del lenguaje se corresponde con una articulación de la realidad percibida.

Cuando el código lingüístico es rico, el sujeto puede tomar una cierta distancia respecto a la realidad y actuar sobre ella. El concepto comienza por acompañar al objeto designado y termina por sustituirle. Desde ese momento la operación sobre la realidad se realiza manipulando los conceptos antes que los objetos, lo que posibilita anticipar la acción, planificarla y dirigirla. El lenguaje es un instrumento de acción sobre la realidad porque construye modelos operativos que guían la acción.

El lenguaje cumple la función de construir planes generales de la conducta, posibilitar la memorización y anticipación de objetivos, generar mediaciones que introducen cambios en la conducta y ejercer un control semántico sobre los impulsos y la función activadora. Las funciones señaladas corresponden al control metacognitivo de la conducta. Si en apartados anteriores hemos señalado la importancia de dicho control para un funcionamiento inteligente, se comprende fácilmente que la carencia de instrumentos verbales adecuados dificulte el desarrollo de un pensamiento de calidad. El código restringido de los sujetos privados socioculturales es una seria limitación para generar un funcionamiento cognitivo de alto nivel.

La pobreza simbólica puede ser una de las causas de la incapacidad para manejar el tiempo futuro, y la consiguiente incapacidad para anticipar transformaciones. Esa misma incapacidad simbólica empobrece la calidad de los conceptos poseídos. La falta de conceptos adecuados y no anticipar transformaciones originan un control episódico de la realidad, muy ligado a datos sensoriales en vez de a contenidos conceptuales. Las necesidades del sujeto privado se refieren fundamentalmente al presente. Como consecuencia de eso, el proceso de planificación se dificulta (ya hemos señalado antes la limitación metacognitiva) y el objeto de la conducta consistirá, de modo dominante, en la búsqueda de reforzadores que tengan un valor inmediato.

Whimbey (1975) estudia el comportamiento de los escolares poco dotados, que se corresponden en muchos casos con lo que hemos denominado sujetos privados. Las características de estos estudiantes, tal como las describe Wimbe, parecen relacionarse con el uso restringido del lenguaje que acabamos de describir:

- \* Falta de atención. No leer detenidamente las instrucciones de la tarea. Se relaciona con la falta de regulación de conductas mediante el lenguaje coverante.
- \* Enfoque superficial y poco matizado de la solución de problemas.
- \* Pensamiento directo e impulsivo. Se entra directamente en la solución de problemas sin analizar ni valorar las alternativas.
- \* Valorar más el resultado o la respuesta correcta que el modo de lograrla. La conducta se orienta a la acción, no a la explicación verbal de la acción.

### **No demora de reforzadores**

Es muy posible que la inhabilidad derivada del hecho de no emplear expresiones verbales en términos de futuro y en términos hipotéticos influya sobre las dificultades que tienen los privados para aceptar reforzadores no recibidos de un modo inmediato. En cualquier caso, el privado tiene un horizonte temporal reducido (DE COSTER, 1986), percibiendo con más claridad lo que corresponde al tiempo presente y siendo relativamente incapaz de anticipar lo que va a ocurrir en el futuro.

Como consecuencia de lo anterior, el privado se ve impulsado a satisfacer de modo directo e inmediato sus necesidades de gratificación. Cualquier requerimiento, cualquier demanda sentida se intenta satisfacer del modo más rápido posible y con independencia de las consecuencias que a medio y largo plazo comporte esa satisfacción. Por ejemplo, es frecuente en lo que hemos llamado sujetos privados cognitivos que se den conductas antisociales, que representan la inmediata satisfacción de una necesidad pero que causan un perjuicio al mismo sujeto transcurrido algún tiempo. La conducta de pequeños hurtos y la indisciplina laboral son muestras frecuentes de lo anterior. Ello contribuye a la inestabilidad laboral de los privados y a los frecuentes problemas que tienen con la ley.

Un sujeto normal es capaz de demorar la recepción de un reforzador siempre y cuando esa demora represente una ganancia mayor o más estable para el futuro. En las conductas que poníamos de ejemplo, un adolescente normal puede frenar su impulso a tomar un objeto apetecible o puede realizar pequeños trabajos que a corto plazo son penosos pero que a medio plazo le pueden permitir obtener recursos para lograr ese objeto apetecido.

La falta de tolerancia hacia la demora de reforzadores origina que el deprivado se rija por el **principio del placer**. La consecuencia primera de esta tendencia conductual consiste en la **escasa resistencia a la frustración**. Una segunda e importante consecuencia cognitiva es la reducción de conductas de planificación. El sujeto normal, cuando no puede obtener de modo inmediato lo que desea, ha de crear una estrategia que le permita lograrlo a medio plazo. El sujeto deprivado, al carecer de la adecuada perspectiva temporal y no tolerar un objetivo que no pueda lograrse de manera inmediata, tiene muchas menos veces necesidad de recurrir a la planificación, y cuando así lo hace se trata de planes a corto plazo, lo que debilita la habilidad metacognitiva de mantenimiento de objetivos y estrategias a lo largo del tiempo.

### **Control externo de la conducta**

Cuando la conducta se regula por el principio del placer, se mantiene en función de los premios y castigos que recibe del exterior. El control de la conducta se realiza desde un lugar externo y no desde los procesos internos de autorregulación.

No aceptar la demora de reforzadores y tener un código lingüístico restringido, con escasas habilidades de autorreferencia, anticipación y formulaciones hipotéticas, contribuyen a que el control de la conducta no sea autorregulado. En relación con el aspecto conductual que estamos tratando, los reforzadores admitidos más frecuentemente por los sujetos deprivados son los de tipo tangible (PINILLOS, 1977). Cuando no existe un lenguaje interior apto para matizar la importancia de un reforzador social y explicitar las ventajas que el individuo recibe a través de la repercusión social de su conducta es lógico que no se prefieran a estos reforzadores sino a los que representan una ganancia material e inmediata. El empleo de reforzadores condicionados de tipo ético y social suele tener poca eficacia con estos sujetos, al menos los reforzadores sociales propios de medios llamados cultos. Distinto es con los reforzadores sociales propios de las subculturas en que se origina la deprivación.

### **Falta de motivación de logro**

Las actividades emprendidas por los sujetos deprivados no tienen una finalidad en sí misma. Realizar una actividad bien, desear superar un problema personal, aprender a hacer algo bien hecho, o exhibir las propias conquistas son características de la motivación de logro. En cambio realizar una actividad de modo instrumental, para obtener una ganancia inmediata es característico, cuando lo anterior se convierte en norma habitual de vida, de falta de motivación de logro (McCLELLAND, 1961).

Cuando existe motivación de logro, el objetivo perseguido es más de tipo interno que externo, lo que viene a ser lo contrario del tipo de motivación frecuente en los deprivados. La falta de demora de reforzadores y el control externo de la conducta condicionan el sistema motivacional. Una consecuencia importante de la reducida orientación hacia el logro consiste en la reducción de las expectativas de éxito (ATKISON y RAYNOR, 1974). Cuando existe motivación de logro, el sujeto genera confianza en sus propias posibilidades y espera poder lograr los objetivos que se propone. Cuando esta orientación motivacional falta, se genera un tipo de pensamiento sobre sí mismo centrado en la actuación presente, y que no se proyecta hacia el éxito futuro. La cronificación de esta situación repercute en una autoimagen empobrecida.

### **Bajo nivel de metacognición**

Las dificultades para hacer un pensamiento de tipo metacognitivo son características de los sujetos de bajo funcionamiento intelectual (CAMPIONE, BROWN Y FERRARA, 1987). Las consecuencias del bajo nivel metacognitivo son la reducción de pensamientos autorreferentes y falta de reflexión sobre sí mismo, un conocimiento más reducido que en los sujetos normales de sus capacidades y limitaciones, y las dificultades de planificación, supervisión y autorregulación propias de la inhabilidad para gestionar las rutinas ejecutivas.

La restricción del código lingüístico puede ser uno de los factores causales de esta incapacidad metacognitiva. El lenguaje se orienta a la descripción de objetos externos y no a referentes de alto nivel de abstracción. En cambio, el pensamiento metacognitivo no es, por su naturaleza, alusivo a objetos externos, sino a representaciones internas. El lenguaje del deprivado cognitivo no constituye, por consiguiente, el mejor vehículo de expresión externa ni interiorizada del pensamiento metacognitivo que, en esta carencia de lenguaje interior apropiado, se ve privado de una herramienta clave de desarrollo.

Los contenidos de la metacognición son representaciones del propio conocer. La naturaleza del objeto y del modo en que se codifica la información sobre el conocer exige cierto dominio de habilidades de gestión de símbolos. Con un bajo nivel de abstracción es difícil lograr un buen nivel metacognitivo. No es fácil distinguir entre la responsabilidad en el déficit de metacognición que es atribuible al nivel general de simbolización y la que depende del dominio lingüístico. Tampoco en qué medida este último condiciona al anterior. Es indudable, de todas formas, el papel que la simbolización en general y el lenguaje, en particular, tienen en la estructuración de habilidades metacognitivas. A estos dos factores raíces ha de añadirse la influencia del lugar de control sobre la metacognición. Cuando el control de la conducta se sitúa en un lugar exterior al individuo hay menos necesidad de desarrollar rutinas de autorregulación.

Cabe sin embargo una interpretación inversa de la dirección de las relaciones causa-efecto establecidas entre los aspectos citados. Puede pensarse que la falta de componentes metacognitivos es lo que origina la pérdida del control interno de la conducta e incluso la existencia de un lenguaje más centrado en lo material que en lo inmaterial y abstracto. Cabe pensar también que la relación causal que existe entre estos elementos no sea unidireccional, sino una influencia mutua, de corte sistémico, de manera que las carencias en algunos de estos aspectos originen déficits por simpatía en los otros. En este caso tendríamos que marcar en el mapa de la deprivación flechas de doble sentido.

El principio de simplificación que nos imponíamos en la definición del mapa de la deprivación nos hace elegir un sentido prioritario, excepto entre los signos raíces primarios. Consideremos, como ejemplo, la relación entre código de lenguaje y metacognición. Muchos investigadores (por ej. HOLLAND, 1979) han señalado, a partir de los trabajos de Bernstein (1960), que el código lingüístico depende más de modelos sociales que de habilidades individuales. En colectivos desfavorecidos hay modelos lingüísticos diferentes a los de los colectivos considerados socialmente como normales y favorecidos. Siendo este un hecho sociológico, cabe pensar que radique en él buena parte de la razón por la cual muchos de los sujetos de ese medio tienen un bajo desempeño intelectual, y que las restricciones del lenguaje están causando, entre otras, la inhabilidad metacognitiva. Esta hipótesis nos parece más razonable que pensar que una misma incapacidad metacognitiva afecta a toda una población y que, como consecuencia de ella, repercute en el esquema básico de discurso verbal. El origen del problema, entonces, parece estar en los modelos sociales de lenguaje, más que en la coincidencia de déficit individuales en un determinado tipo de pensamiento. Aunque esto nos parece la interpretación más verosímil, hay que reconocer que el problema dista mucho de estar definitivamente resuelto.

### **Impulsividad**

Entre los síntomas más señalados por educadores de sujetos deprivados está la conducta impulsiva. Feuerstein (1988) identifica a la impulsividad como la función cognitiva deficiente más característica de los procesos de emisión de conducta. El sujeto impulsivo es aquel que proporciona una respuesta sin reflexionar lo suficiente, sin analizar el problema, siguiendo una estrategia de ensayo y error no sistemática ni controlada.

Cuando existe un bajo nivel metacognitivo, cuando el control de la conducta no reside en los procesos internos de autorregulación, cuando fallan las estructuras de lenguaje interiorizado, la conducta se torna impulsiva. La evidencia de algunos programas de intervención (MEICHENBAUM, 1986) muestra que una actuación sobre el lenguaje interiorizado origina la construcción de estrategias metacognitivas que hacen tomar el control interno de la conducta, fruto de todo lo cual es la sensible reducción de la impulsividad.

En muchos casos de lesiones cerebrales difusas y en perturbación del lóbulo frontal existe conducta impulsiva. La dependencia de dicha conducta de los factores biológicos es innegable. Sin embargo la modificación de la situación vía intervención sobre el lenguaje y la metacognición es también evidente, lo que pone de manifiesto la dependencia de la impulsividad de estrategias de pensamiento relativamente conscientes y desde luego modificables.

### **Deficiente autoimagen**

De Coster (1977) señala como una de las características de los sujetos deprivados la mala autoimagen, que se concreta en una falta de confianza en poder modificar la situación que se vive. Este sentido de incompetencia es claramente perceptible, aunque se dé una conducta manifiesta en muchos casos más próxima a la fanfarronería que a la objetiva valoración de las propias capacidades. A pesar de la habitual declaración de estos sujetos de que lo saben todo o que lo pueden todo, es frecuente observar el rechazo de tareas nuevas y el bloqueo cognitivo cuando se propone un trabajo que no es en sí difícil, pero que representa un reto cognitivo respecto a la conducta cotidiana.

Una causa inmediata de los defectos de autoimagen radica en la inexistencia de un reforzamiento adecuado de las conductas exploratorias (se refuerzan los resultados, pero no el proceso de exploración en sí mismo) o de las tareas que representaban una necesidad de autorregulación. La falta de una orientación hacia el logro y la estructura motivacional referida a la consecución de reforzadores inmediatos perjudica de un modo menos evidente pero igualmente cierto a la autoimagen positiva. La orientación hacia el premio inmediato frustra el ejercicio de imaginarse a sí mismo planeando la solución de problemas, de anticiparse competente para lograr el éxito en la tarea.

El reforzamiento aumenta la imagen positiva. El medio social normal no suele reforzar de manera tangible e inmediata por lo que, cuando el sujeto tiene dificultades para aceptar la demora de los reforzamientos, percibe menor cantidad de estos, lo que repercute en su sentido de la competencia.

Las habilidades metacognitivas, especialmente la comprensión metacognitiva, contribuyen poderosamente a la configuración de una imagen del sí mismo, de sus capacidades reales, de sus limitaciones igualmente reales y de las estrategias que pueden adoptarse para explotar unas y superar las otras. Directamente o a través de estas habilidades, el déficit de gestión simbólica influye sin duda en la representación del propio yo, que se hace menos objetiva, más desadaptada y menos satisfactoria.

### **Defectos de identidad**

Al hablar de defectos de identidad hemos de referirnos no sólo a una mala calidad de la autoimagen, sino a la falta de integración entre los distintos elementos del yo que tiene su origen probable en la visión episódica de la realidad, característica de los sujetos deprivados. El yo del deprivado es una instancia débil, no organizadora de la experiencia. Como consecuencia de eso no existe un proyecto vital definido, lo que es más claramente apreciable en sujetos de edades superiores.

La deficiencia de comprensión metacognitiva, que supone una incapacidad relativa para reflexionar sobre uno mismo, y los defectos de estructuración de significados sin duda contribuyen a producir el déficit de identidad.

### **Baja modificabilidad**

La conducta adaptativa implica una capacidad autoplástica para modificarse según los requerimientos de la situación. La deficiencia en la inteligencia origina una disminución en las posibilidades de adaptación y por tanto en las posibilidades de modificación.

El movimiento anti tests motivó que algunos autores defendieran que en los sujetos deprivados existe una capacidad normal de adaptación, si bien hacia tareas propias de su medio social, que son diferentes a las propuestas a sujetos de clase media y a las tareas propias del medio escolar (BOWLES y GINTIS, 1976; TORT, 1977). Efectivamente, el ejercicio reiterado de determinadas tareas puede hacer que el deprivado llegue a adaptarse a ellas, y lograr el triunfo en algunos aspectos en que sujetos no deprivados podrían tener dificultades iniciales.

No obstante, no creemos que deba juzgarse la capacidad de adaptación según el tipo de tarea en el que en un determinado momento se tiene éxito, sino en el modo diferencial de responder ante situaciones nuevas. El deprivado sociocultural o el deficiente límite, aunque puedan realizar una tarea habitual con éxito, tienen serias dificultades para adaptarse a problemas nuevos y exportar a ellos las soluciones anteriores, debidamente modificadas. Es lo que se ha llamado "viscosidad cognitiva", "rigidez" o "inercia", aludiendo a que una vez que se ha adoptado un determinado esquema, el sujeto deprivado se adhiere a él e intenta repetirlo en toda nueva situación, aun cuando esa aplicación sea improcedente.



El sujeto privado se modifica poco. Por eso aprende mal y por eso se autorregula mal. Su conducta cognitiva es más rígida y perseverante que lo deseable (FREIRE, 1983). Lo nuevo y desconocido genera siempre ambigüedad, que no es bien tolerada. El privado se resiste al cambio. Decíamos que eso dificulta el aprendizaje, pero sobre todo dificulta el desaprendizaje de aquellos tipos de conducta que en su día fueron útiles para obtener gratificación inmediata, pero que en el nuevo contexto resultan inadecuadas o perturbadoras.

La capacidad de generalización, peculiar del ámbito metacognitivo, influye en la conducta de adaptación de la experiencia anterior a los nuevos contextos. Los procesos ejecutivos, que pertenecen también al dominio metacognitivo, permiten que esa adaptación se realice de modo autónomo, sin dependencia de un agente externo que introduzca el cambio.

Como ocurría con la relación entre metacognición y lenguaje, no es fácil establecer si los defectos metacognitivos originan la baja modificabilidad o son los defectos de modificabilidad los que perturban el desarrollo cognitivo. Para Feuerstein (1988) la baja modificabilidad es la raíz de otras perturbaciones y deficiencias, que tiene su origen, a su vez, en la falta de aprendizaje mediado por el adulto. Nosotros nos inclinamos a pensar que la falta de plasticidad es una consecuencia de las deficiencias metacognitivas. Modificarse y automodificarse implica transferir la experiencia acumulada a situaciones nuevas, corrigiendo la experiencia en aquello que es preciso; la clave en los procesos de transferencia de saberes antiguos y de adquisición de conocimientos nuevos radica en los componentes ejecutivos y en la comprensión autorreferente. Unos y otros constituyen la metacognición.

### **La paradoja de la privación**

El examen del mapa propuesto puede sugerirnos, en una primera aproximación, que hay aspectos contradictorios. La dependencia de reforzadores externos parecería en principio facilitar la modificación de la conducta, dependiendo de las contingencias de reforzamiento. Por otra parte, la falta de una identidad bien establecida parece también abrir las puertas a una conducta fluctuante y modificable, aunque sea de un modo no autorregulado.

La realidad es que coexisten la baja modificabilidad con un yo débil. Cuando no hay un proyecto personal que estructure la experiencia y que proporcione significación tanto a los estímulos recibidos como a las estrategias disponibles, la conducta termina siendo poco plástica. La desestructuración coexiste con la rigidez y con la inercia. En el sujeto normal, la existencia de estructuras cognitivas bien definidas permite enfrentarse con éxito a los problemas nuevos, lo que siempre supone la necesidad de realizar algún cambio. Una estructura de pensamiento correcta supone mantener estable lo que es relevante y desestabilizar lo que ya no es útil.

La falta de estructuras firmes del yo y la baja modificabilidad asociada parecen paradójicas. Un análisis sobre las causas de estos síntomas de la privación muestra que, lejos de ser incongruentes, ambas características se dan juntas cuando existe un verdadero funcionamiento cognitivo deficiente. Si existiera una estructura yoica bien definida, los defectos de modificabilidad terminarían subsanándose de manera prácticamente espontánea y, a la inversa, cuando existe la tendencia estructural a modificarse el sujeto termina aprendiendo de la experiencia y construyendo una razonable estructura del yo.

---